

CRISIS POLITICA Y LEGITIMIDAD

Robeto Salom E.¹

CRISIS POLITICA E INGOBERNABILIDAD

El tema es sugestivo; trata de preguntarse si existe una crisis política, ¿cuáles son sus dimensiones y sus alcances? y ¿qué relación existe o se puede establecer entre ella y nuestra identidad como nación?

Claus Offe habla de una crisis de dimensiones universales, que tiene su origen en los países capitalistas desarrollados y que caracteriza como una crisis de ingobernabilidad, como manifestación de un conflicto entre las exigencias políticas de reproducción de los trabajadores y la estrategia privada de reproducción del capital, (1990, p. 29).

Evocando a Gramsci, Offe destaca que 'la crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer; en ese interregno aparece una gran variedad de síntomas morbosos', (1990, p. 36).

Tales síntomas morbosos se expresan tanto en el terreno económico social, como político natural. Tienen que ver con las crisis cíclicas o recurrentes, de recesión e inflación; con el ocaso del "Estado de Bienestar"; con las secuelas sociales de desempleo, desamparo y empobrecimiento que han dejado la aplicación de las políticas neoliberales; con el agotamiento de esas políticas y el nuevo giro hacia las políticas intervencionistas que emanan del racionalismo político característico de nuestra época y que, probablemente, nos lo esté anunciando el triunfo de Bill Clinton en las elecciones norteamericanas.

Tiene que ver también con la crisis del modelo soviético y el derrumbe irreversible del campo socialista, así como con los modelos de planificación centralizada y los reclamos por avanzar hacia nuevas formas de democracia participativa y hacia la descentralización y regionalización administrativas.

El surgimiento de nuevos movimientos sociales como los ecologistas o los movimientos feministas entre los más significativos son reveladores de; colapso de un sistema, cultural, de un modelo de vida y de producción, así como de un sistema de valores que, como lo señala Habermas, caracterizaron el mundo contemporáneo desde la Revolución Francesa, (1990, p. 68).

Desde este punto de vista, podemos decir que la crisis adquiere dimensiones universales como resultado de un proceso de globalización que convierte al mundo en un solo sistema, cada vez más integrado e interdependiente y que amenaza con barrer localismos, particularismos, tradiciones, viejas concepciones, el concepto de soberanía y hasta nuestra propia identidad. Se trata sin duda de un abigarrado y contradictorio proceso, en el que lo nuevo y lo positivo se confunde con lo viejo, lo obsoleto y lo negativo.

Desde luego que no todo lo relacionado con ese proceso de globalización es

negativo, ni tampoco los aspectos positivos lo son en si mismos. Hay sin duda amenazantes riesgos de destrucción masiva de la propia vida sobre el planeta; pero también anuncios esperanzadores de una nueva vida. Son éstas, para decirlo una vez más con Habermas, las consecuencias del progreso técnico, (1990, p. 70).

El principal desafío que nos plantea esta verdadera crisis de la cultura, ante el avance del proceso de globalización, consiste precisamente en no dejarnos arrastrar por él; en la capacidad que tengamos de identificar nuestros propios derroteros; de saber aprovechar los aspectos universales del progreso técnico y cultural en beneficio del desarrollo; el cual tendrá que ser necesariamente, una nueva concepción de desarrollo, que sea capaz de ganar la batalla por la preservación del medio ambiente; por la abolición de todo tipo de iniquidades en el plano económico-social, así como en el político-cultural. Asimismo, debemos ser capaces de ganar la batalla contra el egoísmo económico, la indiferencia social y todas las manifestaciones de individualismo cultural; manifestaciones que bloquean el advenimiento de formas de convivencia social más armónicas y solidarias.

Debemos ser capaces de afirmar nuestra identidad frente al inevitable proceso de integración, de defender aquellos aspectos de nuestra cultura y de nuestras tradiciones políticas que han dado cuenta de nuestra civilidad, de las tendencias democráticas predominantes históricamente, de nuestra tradición educativa, para mencionar solo algunas de los aspectos más relevantes de nuestra cultura.

Sin embargo, frente al proceso de globalización, no todo lo que hay que defender son tradiciones como única vía para afirmar nuestra identidad. También debemos saber ser capaces de innovar, no sólo desde el punto de vista del conocimiento técnico, sino también del conocimiento cultural, así como en nuestras actitudes, en nuestra forma de vida y en nuestra cultura.

¿CRISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS TRADICIONALES?

La segunda parte de esta reflexión está orientada al análisis de las manifestaciones de la crisis que hemos caracterizado atrás en el proceso político costarricense, y más específicamente en relación con el sistema de partidos.

Hace más o menos 20 años un joven sociólogo costarricense, José Luis Vega Carballo escribió un pequeño ensayo sobre lo que calificó como la crisis de los partidos políticos tradicionales, (1973).

Después de hacer un análisis de lo que para él constituían las causas sociológicas del fenómeno, descalificó a los partidos tradicionales por ser incapaces para ofrecer una alternativa nacional más autónoma para el desarrollo; por utilizar el poder político en función del enriquecimiento de unos pocos y no de promover una verdadera cultura y sociedad nacionales; por conducir al país a un régimen político altamente centralizado, con fuertes tendencias autoritarias; por perder constantemente capacidad para conducir al pueblo hacia el desarrollo; por la carencia de una verdadera estrategia de liderazgo, cambio

y reconstrucción nacional. Por esas y otras consideraciones llegó a la conclusión de que los partidos tradicionales habían perdido vigencia, en virtud de lo cual no constituían una alternativa real para encausar las inquietudes del pueblo y enfrentar las tareas del desarrollo, (1973, P. 13).

En esa época, cuando aún se discutía la legislación que luego regulara el sistema de pago adelantado de la deuda política, previó que ello no contribuiría en nada a contrarrestar las tendencias más negativas del proceso político costarricense.

Veinte años después los partidos políticos tradicionales, más o menos modificados aún sobreviven; mientras que ,nuevas agrupaciones que por entonces aparecían en la escena política, o viejas que resurgían, principalmente de izquierda, han desaparecido o se encuentran diezmadas y sin posibilidad de constituir una alternativa viable frente a las fuerzas políticas en liza.

¿Erró el sociólogo en su pronóstico de aquel entonces o fue tal vez que se modificaron o corrigieron algunas de las tendencias más negativas por él señaladas?

Hasta cierto punto se subestimó la relativa fortaleza; l capacidad regenerativa y hasta la capacidad de cooptación de intelectuales con una posición radicalmente crítica frente al régimen democrático liberal costarricense y en particular a los partidos políticos tradicionales.

En otros aspectos se sobrestimó el potencia] de grupos minoritarios emergentes a principios de la década de los setenta, que finalmente no fueron capaces de levantar una alternativa transformadora frente a las agrupaciones tradicionales, ni de capitalizar el descontento creciente que cundía en amplios sectores de diversas capas de la población.

Sin embargo, hoy día es posible decir que el joven sociólogo se quedó corto en cuanto a la caracterización, naturaleza y profundidad de la crisis política que avizoró a principios de los años setenta.

Consideramos que hay algunos aspectos acerca de dicha crisis que no sólo se mantienen, sino que se han profundizado. Pero además es preciso señalar, considerando el desarrollo de los acontecimientos en el orden sociopolítico durante estos veinte años, que aquella crisis no lo era únicamente de los llamados partidos políticos tradicionales. Se trataba, ya desde entonces, de una pérdida de legitimidad del régimen político en su conjunto; lo cual padecieron de manera creciente, no sólo las agrupaciones políticas tradicionales; sino también, y quizá más fuertemente aún los grupos emergentes.

Lenta pero progresivamente, se ha abierto una brecha creciente entre lo que algunos llaman la clase política y el resto de la sociedad; es decir, entre el Estado y la sociedad civil.

El Estado responde cada vez menos a los intereses del conjunto de la sociedad y cada vez más a los intereses de pequeños grupos plutocráticos entroncados con el gran capital.

En medio de este proceso de progresiva enajenación del Estado con respecto a la

sociedad civil sobreviene la crisis de la deuda externa y con ella se acentúan cada vez más los llamados procesos de globalización, que en cierto modo no significan sino la imposición de la lógica del gran capital financiero internacional por sobre los intereses del resto de la sociedad.

Desde el punto de vista de nuestro país, los llamados procesos de estabilización y ajuste que se impulsan desde principios de la década anterior, no son sólo la evidencia de una interdependencia cada vez más acentuada entre las naciones, sino del incremento de la dependencia y la pérdida de soberanía de los países deudores con respecto a los países acreedores y los organismos financieros internacionales.

El *prevalecimiento* de estas tendencias impuestas por el predominio creciente de la lógica del gran capital financiero internacional ha hecho que en Costa Rica se hubiese vuelto prohibitivo pensar en el desarrollo durante más de una década; en una distribución más equitativa de la riqueza socialmente producida; en continuar progresando en materia de salud, seguridad social y educación; así como en nuestra soberanía y, en consecuencia, en avanzar en democracia.

Las decisiones más trascendentales acerca de nuestro destino como nación están cada vez más lejanas de las grandes mayorías. En lugar de avanzar hacia formas cada vez más acabadas de democracia, es decir, hacia una democracia participativa, nos hemos alejado, abrumados por la condicionalidad cruzada impuesta por los organismos Financieros internacionales, la globalización forzosa y la carencia de un liderazgo capaz de impulsar un auténtico proyecto de desarrollo nacional.

Pensar en ello no consiste tan solo en un programa de transformaciones económicas, o en resolver cómo nos "ajustamos al ajuste." Mucho más que eso implica rescatar y reafirmar nuestra identidad como nación, potenciar nuestras mejores tradiciones y valores, elevar progresivamente el nivel y la calidad de vida de nuestro pueblo, pensando en primer lugar, en los que menos tienen o no tienen del todo.

Vale la pena que nos detengamos a meditar si la globalización y uno de sus correlatos, cual es la apertura económica, la condicionalidad cruzada y el proceso de desregulación de la economía o el retorno al mercado, constituyen procesos que favorecen el desarrollo social, la democracia y el rescate de nuestra identidad; o si por el contrario nos aleja de la consecución de estos valores.

Frente a ello, interesa que nos preguntemos, ¿Cuál es el papel que cumplen los partidos políticos? ¿Constituyen éstos verdaderas correas de transmisión entre la sociedad civil y el Estado? ¿Se genera en ellos el pensamiento crítico y la reflexión serena y profunda que constituyen el ingrediente indispensable de cualquier propuesta o programa de desarrollo nacional? ¿Constituyen los partidos políticos una garantía de firmeza en cuanto a la puesta en práctica de cualquier plan de campaña que se hubiese concebido o se pudiese concebir? ¿Son entidades verdaderamente independientes? ¿Garantizan realmente la representatividad de los diversos grupos y sectores políticamente activos de nuestra

sociedad? ¿Son realmente, los partidos políticos en liza, capaces de infundirle al pueblo la fe y la confianza en la posibilidad de alcanzar un destino más próspero? y en cuanto a la democracia interna, ¿constituyen estructuras realmente democráticas en las que se decante el liderazgo de los mejores?

Con frecuencia se afirma, y no sin razón, que atravesamos un proceso de transición acelerada. La existencia o - de una crisis de los partidos políticos está en relación directa con la capacidad de colocarse a la cabeza de ese proceso interpretando los más caros anhelos de la nación costarricense y sobre todo generando un pensamiento propio, capaz de definir un nuevo estilo de desarrollo alternativo. De ello depende en muy buena medida el que se resuelva favorablemente la crisis de gobernabilidad.

Por más recursos financieros con que se cuente, la energía y la voluntad política necesarias para enfrentar los principales retos de la Costa Rica de hoy exigen la elaboración un pensamiento propio y de una acción consecuente.

Se ha dicho con frecuencia que uno de los más importantes desafíos de la política contemporánea lo constituyen los problemas sociales, en virtud de la ausencia de una proyección social de las políticas de ajuste y estabilización de los últimos 10 años.

En efecto, consideramos que frente al ajuste, tal y como se ha practicado se acumulan lenta y silenciosamente fuerzas sociales. El problema es si los partidos políticos constituyen las cajas de resonancia de esas fuerzas, o si por el contrario van a ser rebasados por un movimiento social de nuevo tipo, con reivindicaciones alternativas.

BIBLIOGRAFÍA

Habermas, Jürgen. "La crisis del Estado de Bienestar y el agotamiento de las energías utópicas" en: Política: Teoría y Métodos EDUCA-FLACSO, Centroamérica 1990, Torres-Rivas Edelberto (compilador).

Offe, Claus: lingobem2bil ¡dad! Sobre el renacimiento de las teorías conservadoras de la crisis en: Política: Teoría y Métodos EDUCA-FLACSO, Centroamérica 1990, Torres Rivas Edelberto (compilador).

Vega Carballo, IL.: "La crisis de los partidos políticos tradicionales" U.C.R Facultad de Ciencias y Letras. Departamento de Ciencias del Hombre, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, 1973 (momeo).